

de María Antonieta: la de que fué una de sus primeras víctimas, y, á mayor abundamiento, la principal, por lo ilustre de su alcurnia. El bandolero más empedernido recuerda siempre su primer crimen, y la viuda de Luis XVI no era una víctima vulgar. Si se tratara de una pobre lavandera guillotina por haber escondido á su hermano acusado de alguna palabra malsonante al club jacobino; si se tratara de alguna venerable religiosa, llevada al cadalso por haber pronunciado al rezar el rosario alguna frase de las calificadas entónces de fanáticas, podría confundirse la memoria de Barère, y fuera tan sin razon exigirle órden y puntualidad en el recuerdo de los desgraciados que hizo morir, como en el de las veces que tomó tabaco rapé durante su vida. Pero es el caso que, áun cuando envió á la guillotina muchos centenares de criaturas humanas, sólo envió una reina á ese lugar, siendo en sí harto importante y memorable para ser olvidado de un abogadillo provinciano que algunos años ántes se habria enorgullecido con una palabra ó una mirada de la hija de los Césares, el hecho de llamarla groseramente *la Austriaca*, de hacerla ir de cárcel en cárcel y de ponerla despues en manos del verdugo. Muy otra cosa es averiguar si luégo hubo de regocijarse ó de sentir rubor por ello; y áun cuando acerca del particular no podríamos, tal vez, ponernos nunca de acuerdo con sus editores, en este punto concreto habrán de convenir que no es posible confusion ni olvido de parte de Barère. El cual, como decimos ántes, ha mentido de propósito deliberado, siendo su falsedad tan cínica y desvergonzada que no recordamos en el curso de nuestras investigaciones históricas otra que le iguale sino es la siguiente tambien suya.

Trata Barère con justa severidad de la sentencia de los Girondinos, y la califica de atroz injusticia cometida contra los legisladores de la República; y deplorando que fueran enviados al cadalso, como conspiradores, representantes ilustres del pueblo, cuando debian volver á sus escaños en la Convencion, exclama que aquel dia lo fué de duelo para la Francia, y que por efecto del suceso quedó mutilada la representacion nacional y mermado el principio de la inviolabilidad parlamentaria. Protesta de su inocencia en tamaño crimen, y añade que ha tenido «la paciencia de recorrer las columnas del *Moniteur* para tomar nota de cuantas denuncias, prisiones y acusaciones se hicieron de diputados, sin que haya visto, como no podia ménos de ser, su nombre unido á ningun acto relacionado con estos sucesos, pues ni denunció ni acusó á ninguno de sus colegas (1).»

Todo esto es falso, y lo cierto y averiguado que Barère dirigió en persona lo dispuesto por la Convencion contra los Girondinos; como que el 28 de Julio de 1793 propuso un decreto para juzgar á nueve de ellos y ejecutar sin prévia formacion de causa á diez y seis más; y que cuando los acusados comparecieron y se temió que su elocuencia produjera efecto en el mismo tribunal revolucionario, Barère apoyó, á 8 de Brumario, una proposicion sin más objeto que autorizar al tribunal á pronunciarse sin oír la defensa. La verdad de cuanto decimos se halla confirmada en todas sus partes por el mismo periódico (2), á cuyo testimonio tiene Barère la inexplicable audacia de acudir en su abono.

(1) *Mémoires de Barere*, t. II, p. 467.

(2) *Moniteur* del 31 de Julio de 1793 y nonidi, primera década de Brumario, año II.

## VII.

Incomprensible parece, pues, lo que ha querido decir M. Hipólito Carnot cuando presenta como auxiliar y complemento precioso de la colección de documentos históricos un libro que contiene semejantes falsedades. Porque cuando un hombre se atreve á mentir respecto de sucesos que han tenido lugar á la vista de centenares de testigos, y cuya relacion auténtica y fidedigna se halla impresa en libros conocidos de todos y accesibles á cuantos desean estudiarlos, ¿qué confianza merecerá escribiendo de cosas ignoradas de los demas? Tanto es así, que ningun historiador que aspire á ser creído podrá nunca, en ningun caso, apoyar en la palabra de Barère sus afirmaciones como prueba de cosa ninguna, pues lo único á que son eficaces sus *Memorias* es á poner más en claro todavía la bajeza inconcebible del autor.

Y basta con lo expuesto para demostrar la veracidad del libro de Barère. El cual libro, considerado bajo el punto de vista literario, se halla muy por bajo de la crítica, siendo su contestura tan endeble, vana, ligera y afectada como la de los discursos de su autor en la Convencion, aventajándoles en insipidez, del propio modo que las enjuagaduras y zurrapas de una botella cuyo primer contenido fuera de mal gusto, saben peor aún.

Comencemos ahora el bosquejo de la vida de Barère, advirtiendo de antemano á nuestros lectores que no haremos naturalmente uso de sus *Memorias* sino con mucha circunspeccion, cautela y descon-

fianza, excepto cuando sus palabras se hallen confirmadas de otros testimonios dignos de fe.

## VIII.

Nació Beltran Barère en Tarbes (Gascuña) por los años de 1755. Poseia su padre una pequeña heredad en Vieuzac, lugar asentado en el pintoresco valle de Argeles; y Beltran, que gustaba mucho de oírse llamar Barère de Vieuzac, esperaba, merced á la adición nobiliaria hecha en su apellido, poder pasar por caballero con el tiempo. Educáronlo para el foro de Tolosa, ciudad que poseia una de las más célebres audiencias del reino, y en la cual inauguró con éxito su carrera, escribiendo, además, algunos ensayos que remitió á las principales sociedades literarias del Mediodía de Francia. Tolosa parece haber sido de tiempo inmemorial una de las capitales de provincia más abundantes en poetas y críticos medianos, y constituia el principal ornamento de su gloria cierta institucion venerable conocida bajo el nombre de Academia de Juegos florales. La cual celebraba todos los años una solemnísimas fiesta, que tambien lo era para la ciudad, con el objeto de distribuir cierto número de flores de oro y plata á los autores de aquellas odas, idilios y otras cosas denominadas elocuencia, y que al parecer de los jueces lo merecieran; estímulos literarios cuyos resultados eran los que dan generalmente todos los análogos, es decir, el de transformar en eruditos á la violeta y en poetastros á una multitud de hombres que habrian podido ser escribanos, boticarios y hasta médicos de provecho. A lo que parece, no tuvo Barère la dicha de obtener

ninguna de aquellas flores tan preciadas; pero una de sus obras fué objeto de mencion honorífica. En Montauban alcanzó mejor suerte, y su Academia le otorgó varios premios, entre los cuales, uno, por el panegírico que hizo de Luis XII y sus alabanzas á la monarquía y á la fidelidad de la nacion, y otro, por un elogio del pobre Lefranc de Pompignan, en el cual, como puede suponerse, atacaba rudamente la filosofía del siglo XVIII. De allí á poco descubrió una lápida con tres palabras latinas, y escribió con este motivo una disertacion que le abrió de par en par las puertas de la llamada Academia de ciencias, inscripciones y buenas letras de Tolosa. De allí á poco fué recibido tambien por la Academia de Juegos florales, no pudiendo sin duda el doctosenado prescindir del concurso de su ilustracion para el mejor éxito de su cometido. Treinta y tres años, no más, tenía Barère cuando tomó asiento en aquel cenáculo, leyendo un discurso de entrada que mereció unánimes aplausos. Pero ¿á qué enumerar los triunfos de su ingenio? Baste decir que no le tenemos mala voluntad porque haya empleado en disertar la mejor parte del tiempo de la época ménos vergonzosa de su vida, pues aun cuando, á nuestro parecer, no es ocupacion muy útil, ni elevada, ni propia de hombres en la plenitud de su virilidad la de componer declamaciones para certámenes académicos de provincia, Barère habria hecho bien no consagrándose á otra cosa.

El año 1785 se casó con una jóven muy rica; y si bien carecemos de datos para calcular si tenía, además de esta, otras circunstancias eficaces á labrar la dicha de su marido, dejaremos consignado de paso que en una obrita titulada *Páginas melancólicas*, publicada por él en 1797, dice que su casa-

miento lo fué de conveniencia; que al pié del altar sintió el corazon oprimido de siniestros presentimientos; que al pronunciar el sí, palideció; que surcaron copiosas é involuntarias lágrimas sus mejillas; que su madre participó de sus temores, y que, al cabo, sus presagios se realizaron en todo. «Mi casamiento, concluye, fué uno de los más desdichados que se hayan visto.» Historia tan romántica y sentimental, escrita por embustero tan redomado y notorio como Barère, se nos antoja muy poco digna de crédito, con tanta más razon, cuanto que hallamos en sus *Memorias* algo en contrario, pues califica en ellas á su mujer de encantadora, y dice que, al cabo de seis años de matrimonio, le parecia tan amable y buena como ántes, si bien se lamenta de su exagerado monarquismo y de sus añejas preocupaciones religiosas, cuidando empero de añadir que respetaba demasiado sus virtudes para no mostrarse tolerante con su arraigada supersticion. Nos ocurre, sin embargo, que, al casarse, Barère tambien era católico y realista; que habia ganado un premio académico defendiendo el trono, y otro defendiendo el altar, y que no es posible siquiera, dadas estas circunstancias, suponer que las diferencias religiosas y políticas nublaran el cielo de sus primeros años de matrimonio; siendo lo probable que su virtuosa y buena compañera hiciese durante ellos cuanto le fuera posible por su felicidad doméstica, y que cuando las circunstancias desarrollaron en él la oculta ferocidad de su naturaleza, lo aborreciera, se apartara de su lado y le devolviera sus cartas sin abrirlas. Entónces probablemente forjó la melancólica novela de las tristezas del dia de sus bodas.

En 1788 hizo Barère su primer viaje á Paris, y

asistió con este motivo á las revistas, oyó á Laharpe en el Liceo, y á Condorcet en la Academia de Ciencias, admiró los enviados de Tippo-Saib, vió comer á la familia real en Versalles, y comenzó á redactar un diario en el cual iba consignando hechos y reflexiones. El primer tomo de sus *Memorias* contiene algunos fragmentos de sus apuntes de aquella época y son característicos, porque si bien no aparecían todavía los vicios más graves del escritor, la debilidad que los engendró resalta en cada línea, demostrando que su ligereza, su inconstancia y su servilismo eran ya entonces lo que fueron siempre hasta el fin. En efecto, sus opiniones varían con el rápido movimiento de las veletas en días de huracán, y hasta las mismas impresiones que recibe por medio de los sentidos no persisten dos días consecutivos en él: ve á Luis XVI, y su fidelidad y su entusiasmo lo ciegan hasta el punto de hallar hermoso al Rey, diciendo: «Fijé mis ojos con curiosidad en su hermoso semblante, que me pareció franco y noble.» A la segunda vez, ya no le parece lo mismo; todo ha cambiado; los ojos de S. M. carecen por completo de expresión; la sonrisa es vulgar, al punto de semejar la de los idiotas; la traza, innoble; desgarrado el andar, y el aire como de muchacho mal criado. Lo propio le sucede tratando de los asuntos importantes: el lunes, favorable á los Parlamentos, y contrario el martes; por el feudalismo al medio día, y en contra por la noche: un día, la Constitución inglesa lo entusiasma; otro, se conmueve horrorizado sólo de pensar en las luchas por obra de las cuales logró establecerse la ley fundamental de los ingleses, cuya barbarie y ferocidad llevó á morir en cadalso á su rey, y opta por la Constitución bernesa. En el Bearn, exclama, la Constitución es su-

blime; allí, la nobleza y el clero se reúnen á deliberar en una Cámara, y el pueblo en otra, y sino se conciertan, el Rey decide. Pocas semanas después se desata en denuestos contra tan admirable Constitución, porque admitir en la legislatura representantes de la nobleza y del clero vale tanto como abrir sus puertas á los enemigos de la patria.

Agitado por tal modo el ánimo de Barère de tan encontrados pareceres, entró en la vida política sin opiniones, sin ideas, sin criterio propio, y esclavo sumiso de la última palabra que oía, mostrándose realista, demócrata ó aristócrata, sucesivamente, según fueran las corrientes del círculo que frecuentara: salón, café ó plaza pública. Este hombre, pues, al convocarse los Estados generales, volvió á su provincia, lo eligieron por representante del tercer estado, y regresó á París el mes de Mayo de 1789.

## IX.

Había llegado la ocasión de la crisis prevista por todos los hombres pensadores, y producida por el choque de dos corrientes opuestas. Ni tampoco podía ser de otra manera, porque no recordamos otro pueblo en la historia en cuyo seno hayan coexistido juntas y simultáneas, por tan largo espacio como en Francia durante los setenta años que precedieron á la última convocatoria de los tres estados, la libertad intelectual y la servidumbre política. Imperaban entonces con fuerza igual, unos al lado de otros, los antiguos abusos y las nuevas teorías; y como carecía el pueblo de los medios constitucionales de combatir al Gobierno, por malo que fuera, le compensaban la opresión del yugo,

dejándolo entregarse á cuantas especulaciones son imaginables, y negar ó ridiculizar todos los principios en los cuales descansaban las instituciones del Estado. Por eso, así los que atribuyen la caída de las antiguas instituciones francesas á los agravios del pueblo, como los que la suponen obra del estrago producido por las doctrinas de los filósofos, sólo han entrevisto á medias el asunto; que no pocas veces agravios tan grandes, si no mayores, no han logrado dar ocasion á revoluciones, aconteciendo lo propio con doctrinas tan atrevidas, si no más, que aquellas; pareciéndonos, por tanto, tan pueril discutir ahora si la nacion francesa sintió hastío del llamado antiguo régimen á causa de las locuras y de los vicios de los visires y sultanas que la deshonoraban y consumían, ó si fué todo ello la obra de Voltaire y de Rousseau, como averiguar si los molinos de Hounslow se destruyeron con pólvora ó fuego, porque ninguna de las dos causas hubiera bastado á producir el efecto por sí sola. Pero si la tiranía puede subsistir por espacio de siglos allí donde nada se discute, y si los gobiernos populares pueden permitir la libertad de discusion, al combinar una prensa como la de Lóndres con un gobierno como el de San Petersburgo, el resultado inevitable será una explosion espantosa. Esto es lo que aconteció en Francia. El despotismo y la licencia produjeron en sus incestuosas relaciones la terrible y medrosa revolucion en cuya fisonomía se notaban los rasgos característicos de sus padres; y cuando la penosa y lenta gestacion hubo llegado á término, vió la Europa, sobrecogida de miedo y esperanza juntamente, aquel prodigioso alumbramiento, despues de tantas angustias y dolores cruentos.

## X.

Con la turbamulta de legisladores que invadió á Paris procedente de todas las provincias de Francia llegó, pues, Barère, pudiéndosele clasificar entre los notables. Sus opiniones á la sazón eran populares sin ser extremadas, y además gozaba de buen concepto. Considerado físicamente, dicen que su atractivo era mucho, y á juzgar de él por el retrato que insertan sus editores en las *Memorias*, y que lo representa en la edad que tenía cuando apareció en la Convencion, su hermosura era extraordinaria, si bien podia leerse ya en sus facciones la infamia y la bajeza que la mano de Dios estampó en ellas. Expresábase con gracia y facilidad, y sus modales, si no muy distinguidos, lo eran bastante para que no hiciera triste figura en un salon; como que las damas decian á coro que sólo él poseia entre cuantos llegaban de las provincias el aplomo propio de los parisienses de buen trato. Pero si su elocuencia no tuvo en la capital tanto éxito como entre los ingeniosos académicos de Tolosa y de Montauban, pues encontraban muy malo su estilo, y si es licito decir nuestro parecer, añadiremos que siempre lo fué, injusto sería, sin embargo, negar que careciera de condiciones para la prensa y la tribuna. Y si adolecia su oratoria de todos los defectos imaginables de buen gusto, desde la hinchazon á la bufonería, á la suya no faltaba por eso en ocasiones animacion y fuerza, poseyendo además una cualidad que siempre ha sido eficaz á prestar á los hombres inferiores que la poseen las ventajas de los superiores, siendo capaz de hacer instantáneamente, sin esfuerzo y

con soltura, cuanto se proponía por efecto del equilibrio admirable de sus facultades morales é intelectuales; pues si la naturaleza lo hizo propio para esclavo, las dotes de su ingenio fueron siempre ocasionadas á tornarle en esclavo útil, y si fué incapaz de pensar por sí con un fin determinado, en cambio se hallaba dispuesto admirablemente á recoger y expresar las ideas que le suministraban los demas.

Sin embargo, en la Asamblea nacional no pudo dar á conocer su talento ni sus vicios, y mientras otros lo eclipsaron, él siguió dejándose llevar de la corriente segun su costumbre, limitándose á pronunciar algun que otro discurso y á publicar un periódico titulado *Le Point du Jour*, en el cual veía la luz pública el extracto de las sesiones.

Al principio no se colocó entre los reformistas exaltados, y ni aprobó la nueva division del territorio frances, cambio importantísimo entre los principales hechos por la Revolucion, ni ménos todavía los quebrantos y mermas que tuvo que sufrir su provincia en virtud de aquella novedad. Y como recibiera de sus colegas encargo de redactar un informe sobre la riqueza forestal de Francia, y Luis XVI se interesara tanto por este asunto y cuanto se relacionara con la caza, que habria preferido renunciar al *veto*, ó á la prerogativa de hacer la paz ó la guerra, mejor que á la montería, fueron á ver á Barère algunos palaciegos de parte de S. M. en embajada extraordinaria para intervenir á favor de los ciervos y faisanes; quedando complacidos de su cortesía y deferencia, pues redactó la Memoria en tales términos, que andando el tiempo mereció ser acusado por ellos de haber pospuesto los intereses del país á las diversiones cortesanas. Con este motivo cometió la necedad y tuvo el mal gusto de

inscribir á la cabeza del informe indicado una divisa de doble sentido, tomada de Virgilio, y que no convenia ciertamente al caso por ningun estilo, diciendo:

*Si canimus sylvas, sylvæ sint Consule dignæ.*

Pero sabido es que la pedantería literaria fué una de las cosas en que perseveró toda su vida por excepcion de su inconstancia, y que, realista ó girondino, jacobino ó imperialista, siempre brilló por sus fatuidades eruditas.

A medida que se debilitaban los elementos monárquicos, Barère se alejaba de ellos, acercándose á los republicanos; pero no tan rápidamente que la transicion le impidiera entablar, mientras se verificaba, íntimas relaciones con la familia de Orleans; ni ménos encargarse de la célebre Pamela, conocida despues bajo el nombre de lady Edward Fitzgerald; ni ménos aún de recibir, á lo que dicen, por espacio de algunos años una pensión de doce mil francos pagada por el huésped del Palais-Royal.

## XI.

A fines de Setiembre de 1791 acabaron las tareas de la Asamblea nacional, y comenzaron las de la primera y última legislativa.

Habiase resuelto que ningun individuo de la Asamblea Nacional pudiera formar parte de la Legislativa, disposicion absurda y peligrosa por extremo, á la cual se debe atribuir en gran parte las calamidades que á seguida sobrevinieron. ¿Qué pensarían los ingleses, por ejemplo, de un Parlamento que no

contuviera una sola persona procedente de otro Parlamento? Y, sin embargo, puédesse afirmar sin temor de ser desmentido que la cifra de ingleses que no ha tomado parte nunca en los negocios públicos, pero que son aptos, merced á sus conocimientos, prudencia y reflexion, á constituir una Cámara legislativa, es, cuando ménos, cien veces mayor que la de los franceses de 1791. Ni ¿cómo sería posible otra cosa? En Inglaterra, la práctica constante del gobierno representativo por espacio de siglos ha hecho en cierto modo de los hombres de buena educacion hombres políticos, mientras que en Francia, si bien es cierto que constaba probablemente la Asamblea Nacional de los mejores elementos de aquel tiempo, que habia destruido muchos abusos, que algunos de sus individuos eran muy peritos en teorías de gobierno, y que otros demostraron grandísima elocuencia, no lo es ménos que carecia de esa manera de habilidad indispensable á la constitucion, movimiento y conducta de un gobierno; habilidad que da la práctica mejor que la doctrina. Cierto es que los políticos han menester de libros, como los médicos y los navegantes; mas tambien lo es que los verdaderos navegantes se forman en el mar, y los verdaderos médicos á la cabecera de los enfermos, y los hombres de Estado constitucionales en las luchas de los pueblos libres. Prueba esto el que aun cuando los dos años de laborioso aprendizaje de la Asamblea Nacional no hubieran completado su educacion, fueran muy eficaces á ilustrarla en órden al ejercicio de las funciones públicas y á imprimir en cierto modo á sus actos postreros el sello de la experiencia. Ahora bien, cuando la Francia no poseia, exceptuando los individuos de su Asamblea, un número igual de

personas adornadas en modo igual de las condiciones necesarias á dirigir con prudencia los negocios públicos, fué precisamente cuando, extraviados del pueril deseo de mostrar desinterés, dieron de mano á la obra, y abandonando en lo mejor de ella el cumplimiento de los deberes que ya sabian casi á medias, y que los demas ignoraban de todo punto, dejaron francas las puertas de su congreso á otra multitud de novicios que habia de comenzar como ellos por aprender los rudimentos de la ciencia política; verdadero absurdo ya demostrado por el suceso en tiempo que Barère apuntaba sus *Memorias*, y reconocido á nuestro parecer de cuantos se ocupaban en la cosa pública, y motivo que le obligó á tratar del asunto, si bien con su habitual doblez, y de tal suerte que pudiera creérsele contrario á la medida. «No hubo, dice, un solo buen ciudadano que no se doliera del acuerdo funesto de la Asamblea, y que no deseara la continuacion de sus tareas bajo el nombre de primera Asamblea legislativa; mas como no se hizo caso del patriótico anhelo de los amigos ilustrados de la libertad, se consumó al fin el noble, pero aciago suicidio.» Sin embargo, es lo cierto que, léjos de oponerse Barère á tan desastroso pensamiento, fué uno de los que lo apoyaron con mayor empeño, representándolo como cuerdo y magnánimo, y pronunciando, al exponer sus razones en pro, algunas de esas frases tan gustadas de los oradores de su especie, y que producen el efecto de la ipecacuana en los hombres de buen sentido político, pues dijo así: «Los autores de la Constitucion vigente; los que han dotado á la patria de su ley fundamental se hallan fuera del nuevo órden de cosas, producto de su ingenio y su civismo; que no puede hallarse nunca en la